

## Weimar y la mecanización del mundo

Narcís Irizar

Palabras clave: política / mecanización / racionalización / reconstrucción / subjetividad / proyecto

### Kultur und Kapitalismus

Observamos en Alemania, antes de la primera Gran Guerra (1914-1918) opciones que tratan de superar las formas y concepciones de las relaciones sociales de producción capitalista tradicionales, propias del liberalismo.

Walter Rathenau, quien será ministro para la Reconstrucción y luego de Exteriores, dueño de AEG y doscientas empresas más, ofrece la idea de una organización comunitaria que supere y suprima las contradicciones y disfunciones de lo económico-industrial y la organización del trabajo en su interior, así como lo que él llama ya, lúcidamente, la «anarquía del mercado». Y lo hace a contracorriente de las propuestas anglosajonas de la teoría pre-clásica y marginalista en donde el equilibrio del mercado o «hipótesis de competencia perfecta» fundamenta la teoría económica del «equilibrio general» o «estado estacionario» (Ley de Say). Un esquema en donde el tiempo queda excluido en favor de una armoniosa y regulada espacialización del mundo, es decir: de la oferta y la demanda.

Escritor de un «Breviarium Mysticum» en la Alemania de fin de siglo, presidirá AEG y escribirá Kritik der Zeit y Zur Mechanik des Geistes, lo que contribuye a explicar el cambio de atmósfera del mundo

alemán en este período e ilustra la esterilidad de la propuesta de Schopenhauer, último convencido de la posibilidad de aquel equilibrio sin tiempo, fagocitado por la irrupción de las grandes transformaciones y la irrupción de nuevas fuerzas que toman forma oligopólica en el mercado.

Sin embargo, en Alemania, la reflexión económica no se detiene en las cuestiones mercadológicas, precisamente por que no se posee ya ninguna fe en ellas. Y veremos que no sin razón. La reflexión alcanza a la naturaleza y funciones que debe alcanzar el Estado.

Discípulo de Schmoeller y en general de toda la escuela histórica alemana, Rathenau desarrolla una concepción intervencionista del Estado en la vida económica. Y conviene recordar que hasta ese momento el Estado se limita, a grandes rasgos al menos, a preservar la Ley y el Orden en la sociedad civil. Pero, en el extremo, las propuestas de Rathenau y toda una corriente sin la que no tendría la menor relevancia, apuntan a la autonomía de lo político, mediante una revalorización del papel del Estado.

Y eso, tanto liberal como marxianamente es contra natura.

Y sin embargo, cabe interrogarse: ¿qué relación subsiste entre una organización transempresarial o multinacional del capitalismo real y las actuales (1910-1915) estructuras políticas e institucionales?

Lógicamente, las transformaciones productivas imponen, cuestión de magnitud y complejidad, transformaciones del aparato institucional y político, es decir, organizativo.

Y el proyecto de Rathenau no consiste en reducir el Estado a fantasma especular de los económicamente poderosos: hay que consolidar el Estado, adecuarlo como entidad prepotente y autónoma por encima de los intereses clasistas de los particulares.

No puede ser de otro modo, surge la contradicción: el viejo Estado, que refleja las relaciones entre lo económico-productivo y lo político, no puede efectuar su propia superación. Y por otra parte, tampoco el poder económico-oligopólico y multinacional, puede dar expresión a este nuevo Estado, puesto que aparecería deslegitimada y su prepotencia, mero abuso de poder.

Surge la necesidad de redefinir las relaciones entre lo económico y lo político, su reciprocidad funcional: ¿cómo conseguir que el poder, conjugue, funcione y socialice la pluralidad de la producción?

No en vano la sociología del período recurre al tema de la élite y el carisma (Max Weber: Economía y sociedad), concepto ligado a la teología cristiana, que asume en Weber el valor de un ideal-tipo susceptible de determinar la conducta de todo actor social que se ve investido de una misión extraordinaria de cualquier naturaleza. El carisma define un tipo de legitimidad, lateral al racional, legal o tradicional, que Weber opone al democrático, pero en vistas al logro de esta democracia, un programa muy en la línea del pensamiento negativo también, cuyas consecuencias histórico-sintéticas, una vez más, se traducirán en reacción pura, que realmente llevará a cabo y encarnará este carisma. Este carisma —volvamos a Rathenau y Weber— debe ser capaz de llenar el vacío de legitimidad del nuevo Estado y capaz de dar «impulsos eléctricos», hacer circular la masa de poderes de hombres y mercancías, fuerza de trabajo, en fin, lo que ellos denominan «post-manchesteriana», haciendo alusión a la primacía de la revolución industrial británica, que consideran periclitada.

Esa élite carismática, debe ser portadora de la KULTUR alemana, formada y educada para dirigir la extraordinaria fuerza del principio de organización

organicista de lo alemán, que la forma oligopólica de Estado parece exaltar. Hay que aprovechar y aun hacer valer el evidente retraso industrial y económico respecto de Inglaterra:

«Majestad, he aquí aquellas cosas que los ingleses pueden imitar de nuestras industrias alemanas. En las fábricas inglesas las instalaciones se amontonan unas encima de otras. En las nuestras, todo es pensado y proyectado unitariamente (...) Esa es nuestra organización. Tenemos como modelo el Estado prusiano y buscamos reproducirlo en menor escala».

F. Naumann

El importante economista austroamericano Schumpeter ha dado cuenta de la actitud «racionalizada», menos personalista de los managers alemanes respecto de los amos británicos.<sup>1</sup>

La organización monopolista requiere la monopolización sindical y aún más, requiere la parlamentarización de la clase obrera. Por otra parte, la organización monopolística exige una proyección política, más allá de la territorialidad estatal, noción que nutre la idea de una «Europa de las naciones», de Hitler a De Gaulle y de éste a la OTAN. Sin democratización, sin auténtico parlamento, no se darán las condiciones para la ejecución de una política transnacional correcta a todos los niveles. Por y para ello, hay que «responsabilizar», mejor co-responsabilizar a la clase obrera y su Movimiento Obrero, que de otro modo se opondría. El gran capital multinacional debe apoyar, luchar si cabe por el parlamentarismo, junto al movimiento obrero. Comprender él mismo y hacer comprender a aquél sus afinidades de intereses. No sólo económicas, sino también políticas, dado su carácter populista-productivo.

Tenemos pues: un estado autónomo de cualquier interés inmediato de la burguesía civil y una clase obrera que debe «corresponsabilizarse» en el proceso

histórico, comprendido y asumido como una fase inevitable de la Zivilisation capitalística.

Se tendrá pues un liberalismo «manchesteriano y salvaje» y su oposición de clase obrera, unidos en una teoría del Estado que no será ya mero reflejo de las clases dominantes, ni será instituto de mediación entre clases: este Estado se expresará conjuntamente –en una nueva síntesis–, como interventor político-estratégico en lo económico, pero también y sobre todo, apelando al carisma, encarnado por la síntesis cultural alemana: la Kultur.

Su élite dirigente será técnico-burocrática y guía espiritual en uno, simultáneamente. Correrá a cargo de la Kultur populista y productiva de lo alemán cimentar este agregado. Y deberá ser así porque hay que asumir de una vez por todas, dado el retraso de Alemania, que el desarrollo capitalista multinacional no es reducible a mera forma económica: es inevitable Zivilisation material.

Luego Kultur no es una abstracción vacía, es el destino actual de la Zivilisation, que debe pasar aquí y ahora, por esta síntesis. Kultur es visión peculiar del mundo de este Heimat, de esta comunidad alemana cuyo sentido de la organicidad sigue vivo, dada precisamente la «misericordia alemana» de un mundo campesino y vinculado señorialmente a las pequeñas entidades comunales del municipio, principado, etc., dado que jamás se produjo una revolución racionalizadora y burguesa que diera forma a un Estado-Nación hasta fines del siglo XIX, y de la mano de Prusia.

Se trata de superar, en Rathenau, la contradicción entre esta peculiar Kultur alemana y la Zivilisation, entendida esta última como producto de las luces francesas y su Revolución, de salvar la carencia de una tradición racional y republicana en la que se organizó el capitalismo europeo occidental, mediante un llamado a: 1°) la innovación tecnológica de los procesos productivos; 2°) la innovación organizativa de lo laboral.

Las funciones del Estado irán mucho más allá que las que el liberalismo tolera. De hecho, el estado con-

temporáneo, como el de Hobbes en la Inglaterra del siglo XVII o la Francia de Luis XIV, no puede ser sino «socialista». Y lo será: socialismo de capitales. Para ello, sólo hay que «desencantar» el discurso socialista-obrero y hacerle comprender que, partiendo de firmes bases, es todavía sectario, un mero y particular punto de vista dentro de esa realidad histórica e irreversible que exige el Sozialismus universal. Luego el problema es para todos e interclasista: habrá que desprenderse de la particularidad propia, en favor de lo gregario de la Kultur; en favor de remontar esa dificultad histórica de las rivalidades clasistas basadas en el interés económico. Y todo, en favor de la PATRIA ALEMANA.

Hay que sintetizar la mecanización y el alma alemana.

### **Mechanisierung und Seele**

Rathenau se muestra lúcido hasta la profecía en su análisis: entiende que hay una cuestión pendiente en la Zivilisation capitalística que emprendieran las luces, es decir, la explotación de la naturaleza y los recursos humanos hasta la total dominación de la Tierra; Rathenau vislumbra que el capitalismo tiene algo de «providencial», una nostalgia o si se prefiere, una tendencia irrefrenable de sus fuerzas esenciales hacia el logro de una síntesis en forma de Estado-Organismo, y expresable en el lenguaje de la Patria.

Inútil clarificar que no hay más fuerza irrefrenable que la tendencia a la universalización del valor de cambio y que, efectivamente, el desideratum último de la lógica capitalista, también es la abolición de las contradicciones clasistas, resolviéndolas en una organicidad jerárquica y política, consumada hoy con el socialismo existente y la socialdemocracia occidental, tendente al capitalismo de Estado. Por lo demás, peculiaridades al margen, conocemos bien qué sea democracia orgánica en este país, pero no solamente él. El film de Losey, King and Country, especialmente la secuen-

cia final del fusilamiento, deja poco lugar a dudas sobre el carácter no tan específicamente alemán de esa etapa histórica.

De cualquier forma, Rathenau –de origen judío por cierto– advierte que el Kapital atraviesa una era mecánica, cuyo sentido es el de quebrar los viejos círculos sociales, las viejas jerarquías culturales, de la vieja ciudad y el campo. El maquinismo es el medio técnico apropiado para imponer finalidades y políticas nuevas, lo que conlleva ausencia de alma –Seele–, pero ésta es sólo una fase necesaria y transitoria, que abatirá las viejas comunidades, desacralizará las auras y laicizará el mundo hacia la PATRIA-ESTADO.

La «fiebre revolucionario-tecnológica», la innovación general, la gran transformación de Alemania, exige nueva Kultur, nueva Seele, para imponer orden, forma. Y obsérvese: la exigencia es tan formal como funcional.

El desarrollo capitalista exige, aquí, no sólo espíritu calculador (Geist), sino alma (Seele), aquélla que encarna la autoridad de la nueva Kultur del nuevo Estado.

La mechanisierung es sólo un destino que cumplir, dilatar la vida económica y política, hacer crecer las necesidades de esta sociedad campesina y retrasada, así como los medios para satisfacerlas. Es desarrollo de la inteligencia y de la vida nerviosa de la metrópoli –nervenleben.

Porque toda lucha hay que funcionalizarla en favor de la gran mecanización, Mecanización-Patria-Estado. Mecanización y racionalización que impone esta fase histórica mediante la nueva Verfassung –organización–, fundada sobre una visión planetaria de la nueva política industrial, comercial, exterior, distinta del tradicional liberalismo burgués y «manchesteriano».

## **Werkbund**

El Programa cultural-político del Werkbund, por parte de Naumann, no es una simple propuesta entre otras –como entendió Loos–, sino la pretensión de expresar el objetivo cultural-artístico de este mundo mecanizado-racionalizado, donde el beneficio inmediato puede sacrificarse a miras políticas de mayor alcance y dentro de una mayor racionalidad que la propuesta por Loos, en la medida que se desprende del mecanismo de mercado, pura antigualla, respecto del Plan del Estado que articulará toda la vida productiva y reproductiva del Estado-Nación en el más inmenso programa jamás conocido.

Y este programa consiste en que esta vida, debe ser transformada en el sentido de la más alta solidaridad organicista, un pleno espíritu de Staatleben –vida política–, que posee en Alemania inmensas potencialidades morales y estéticas que hay que educar, valorizar en el Volk que es pueblo, nación, trabajo. Los protagonistas del Werkbund no pretenden una corriente artístico-cultural y concurrente, sino una expresión completa de esta transición histórica de la Zivilisation capitalística occidental a Kultur. Es un destino. Y Naumann analiza la situación del artista: en primer lugar depende de lo impersonal del mercado como cualquier vulgar fabricante, mientras que antes de la edad de la mecanización británica dependía de una subvención, mecenazgo, poder; sus obras se dirigían a públicos fácilmente localizables, focalizados, y tenían sólidas tradiciones y raíces, ajenas a toda forma de nervenleben; pero en segundo lugar y en la era de la plena mecanización del mundo, de qué se trata: ¿sólo se da una mutación social y exterior a la obra? ¿O la mutación concierne a la propia obra?

Responder significa interrogarse sobre la política comercial y social, cosa que Adolf Loos, desde perspectivas mercadológicas y en absoluto políticas, ni vislumbra porque: a) la prosperidad de Alemania depende del continuo desarrollo de sus mercados; b) no se

trata sólo de un objetivo cuantitativo, sino también cualitativo, y más aún, germano (un argumento que a Loos hubiera tumbado no se sabe si de desesperación o risa); c) la consideración del «producto» del trabajo no basta en la medida que se consideran políticas económicas de vasto alcance.

«El futuro de nuestra industria –dirá Naumann– depende del Arte, que da Valor a nuestros productos».

Ni una concesión a Loos, este «cosmopolita frívolo» vienés o peor aún, acaso afrancesado. Ninguna concesión lingüística: siempre producto, jamás mercancía en el vocabulario del Werkbund. A la postre, la más «racional» teoría económica de la época rechaza también el concepto clásico de mercancía de Adam Smith, Ricardo, Malthus, Marx y Engels, etc. Ya no hay mercancía: si el consumidor es el agente dinámico de todo el sistema de ecuaciones, el producto final es un bien. Y el Arte es determinante en el proceso de valorización de este bien. Pero el arte no es mera conjugación con la máquina, sino que forma síntesis con ella. Naumann habla del «estilo nacional-popular» cuyo ideal es un maridaje máquina-pueblo, artísticamente educado. Maschinenvolk.

Máquina-Arte son símbolo de esta Kultur, sólo inevitablemente capitalista. Pero son también posibilidad de producir una alma al capitalismo, Seele de esta Produktion, trabajo altamente cualificado. La intervención artística no añade nostalgia del pasado ni autonomía disciplinar estética al producto de la máquina –contra lo que argumenta Loos. La intervención artística y maquinica se resuelve en una original dación de forma al modo de producción contemporáneo que, correspondiéndose con el nuevo lenguaje de los economistas, llama bien a la vieja mercancía. Pasado el primer paleomaquinismo –el inglés– la metrópoli se transforma en «grandioso paisaje artístico puro»: avenidas, fábricas, instalaciones. La Torre

Eiffel es la nueva Acrópolis. Y no se trata de hacer descender el arte para ennoblecer el producto de la industria, sino que el producto-bien exprese tensión hacia la forma, hacia la Gestalt que se libera por, y del proceso mecánico. Por ello el Arte no puede ni debe obstaculizar la funcionalidad mecánica, sólo debe conferirle una línea (styling) al producto. Si los puentes, naves, estaciones, fábricas, producen formas y estilos a partir de su constituirse nueva necesidad, y a partir de los nuevos materiales y procedimientos, entonces todo ello encarna, es la nueva relación que ha cobrado forma entre la esfera de la producción y la esfera de la circulación. Y esta relación es la Seele, la nueva espiritualidad alemana.

Werner Sombart, junto a Weber, sociólogo de máximo prestigio de la escuela histórica alemana, rechaza también, por su parte, el concepto de autonomía de lo estético. Analiza históricamente la relación entre arte y economía, y deduce:

1ª) que siempre se dio una concordancia entre la artesanía y la economía.

2ª) que se ha producido una desposesión ultrajante del artesano al privilegiar al intelectual-liberal y artista de la tradición burguesa.

3ª) que comienza un tiempo irreversible de miseria y precariedad para el artista que depende de las leyes del mercado, tan implacables como impersonales.

«El liberalismo –prosigue– crea el ‘artista puro’, pero con él el testimonio exacto de la miseria de su situación económico-social y del propio liberalismo».

Habrà que convenir en que ésta es todavía una visión admitida, y no sólo alemana. Da pie a la teoría del antagonismo entre el arte y el capital. Y muchas formulaciones teóricas modernas son ininteligibles sin Werner Sombart, entre ellas las de la Escuela de Frankfurt.

Sombart, como Naumann y Rathenau participan del criterio de que los artistas son auténtica figura de «San Jorge» que lucha por liberar a la princesa Arte de los mil dragones purulentos del beneficio y la lógica capitalista. Porque, ¿qué puede el artista contra el capital, atento sólo al lucro; contra una demanda masificada; contra una técnica cuyo solo fin es la utilidad, y que no ha sabido crear una estética propia? Y a todo ello tienen respuestas claras: no es posible oponerse radicalmente a la técnica. En sí y potencialmente, contiene una estética propia. Hay que cultivarla. El artista debe descubrir sus valores: su sinceridad racional. Si la producción puede multiplicar materiales y posibilidades, así como una organización del trabajo muy especializada, entonces el artista sólo debe desvelar, revelar la belleza que le es implícita. En cuanto triunfe en tal empresa, podrá decirse que ha dominado y educado los materiales y procedimientos de la producción, el nuevo trabajo y al propio público. Podrá, justo por él, realizarse la esperanza del nuevo Estado, Estado del Kapital: «Sozialismus», Y podrá erigirse en símbolo de una nueva Kultur capitalista, en donde el nuevo trabajo productivo es tanto más comercial y «penetrador de mercados» cuanto más artistizado.

El empresario alemán, lo sabemos, ya rechaza la figura del empresario «manchesteriano»: el amo. Mitifica y mistifica su función social. En la novela El hombre sin atributos, de Musil, el personaje de Arnheim representa a Rathenau, un nostálgico de aquellas intuiciones heroicas del viejo empresario, aquellas decisiones improvisadas, elecciones entre mil y rápidas. Pero no es nostalgia de aquella fuerza primitiva a la que ahora sucede el cálculo, el programa, el «timing», la racionalidad estricta, los esquemas funcionales... Es nostalgia porque la gestión de los negocios ahora es a escala universal e impone la primacía de lo político: la organización.

La gestión empresarial se hace ahora un problema de nuevas dimensiones y naturaleza. Hay que abordar la contratación colectiva de decenas de miles de obre-

ros, mantener una relación política con las organizaciones de masas, una relación diplomática respecto al propio Estado, y de éste respecto a los demás estados. Por tanto, la organización monopólica que asume las fuerzas de la mecanización y racionalización, impone el problema de lo político y del Estado.

El gerente de AEG no podrá ser ya sino un político.

Behrens construye para AEG. Su obra no debe ser mero testimonio de este espíritu, sino resultado de su constructividad. La importancia de Behrens deriva de que no ornamenta la presencia de la ingeniería, sino en hacer aparecer a plenitud el cálculo y la finalidad. En las nuevas estructuras, en el uso de los materiales, en la distribución de los espacios internos, todo es ordenado y controlable.

Se da una estrecha homologación entre la Gestalt arquitectónica y la funcionalidad de la organización del trabajo: la primera está expresamente concebida para el segundo. El aire y la luz se internan saludablemente en la fábrica, en donde se destaca en y por ellos, cada ángulo, cada rincón, cada opacidad. Y dice Behrens: «el motor debe ser más bello que un regalo de cumpleaños».

La fábrica será lugar sacro del trabajo, que es producción de valor de esta Kultur/Zivilisation. Al interior, esta sacralidad aparece como claridad y funcionalidad, higiénica y eficiente; al exterior debe suscitar emoción, representar el corazón y la inteligencia de la Empresa alemana. La fachada de la Kleinmotorfabrik de Behrens, es símbolo de perfecta racionalidad y valor del trabajo. El Stil evoca históricamente un templo griego. La fachada queda hendida, entre monumentales pilastras que ciñen un espacio que se quiere separado, distante, del contexto urbano: la actividad que aparece tras esos muros debe parecer excepcional, a la vez racional y cualitativo, moderno pero ajeno a la mercadería. Y como en todo monumento, la fábrica es enfatizada respecto de la ciudad. Y si mantiene una relación con ella, es de dominio.

Aquí emerge la Seele, el símbolo potente de la espiritualidad mecánica, alejada del vulgar materialismo angloamericano. Aquí, capital y trabajo, expresan la nueva ética dominante en la metrópoli, en donde la fábrica es su Iglesia. La mechanisierung es la dinámica de este edificio. Pero también es alianza del capital y el trabajo. Su Patria común.

Que ésta es una auténtica revolución conservadora, no cabe duda, sin embargo hay que refinar criterios: si capital y trabajo pueden aparecer aliados aunque precariamente en Alemania, ello tiene su base real: la unificación alemana, la construcción del estado alemán no tuvo lugar mediante una revolución burguesa, como en Europa occidental y los EE.UU., sino mediante una simple unificación aduanera de los principados centroeuropeos, protagonizada por los «juncker», terratenientes ajenos a toda actividad industrial capitalista. Frente a esa forma arcaica de propiedad aristocrática, capital y trabajo tienen efectivamente elementos antagónicos comunes.

Con la Gran Guerra de 1914 toda esa elaboración parece hundirse. La Kultur de Rathenau se tambalea ante el empuje de los liberales y el belicismo socialdemócrata. Empujado a la guerra, pese a sus criterios pacifistas, ejerce como ministro de exteriores y se encarga de la logística de los ejércitos.

Se perfilarán en Alemania dos ideas axiales que, pese a sus bases comunes —que consisten en superar el viejo individualismo burgués, aprovechando el sentido de la organización germana y, de la mano de una Prusia supranacional, construir un estado industrial que supere la noción romántica del Imperio de los Habsburgo— se bifurcan peligrosamente. Una opción es la construcción de la Mitteleuropa, basada en una gran democracia transnacional, y de la mano del parlamentarismo, admitir la fatalidad histórica de la era de la gran máquina y la mecanización del mundo: el «Sozialismus»; la otra es la de invadir y anexionarse los territorios de habla alemana centroeuropeos: la

«Deutschland über alles» del Nationale-Sozialismus hitleriano.

Como ocurrirá con John Maynard Keynes en la Segunda Guerra Mundial, para Walter Rathenau la Primera Guerra es ocasión emergente para experimentar la bondad teórica. Su gestión permitirá resistir el bloqueo de Alemania. Quedará demostrado prácticamente que la anterior hegemonía de lo económico-productivo o esfera de la producción, pasa a la circulación política. La producción es sometida a un programa cuya dirección ostenta la Administración del Estado y en donde la multitud de empresas privadas pasan a depender, como unidades productivas, de los programas del Plan del Estado. Tras de la guerra y con el reconocimiento de su eficacia, Rathenau es nombrado ministro de la Reconstrucción: el control estatal y la planificación de la economía son, en adelante, indispensables para el desarrollo de las fuerzas productivas.

Puesto que la competencia ahora es internacional, se precisa la colaboración de los sindicatos en el proyecto de un capital social y estatalizado. La inmensa tarea de socializar las fuerzas productivas precisa el protagonismo del Estado-Empresario —que Keynes teorizará mucho después—, auténtico centro de las elecciones político-económicas. La decisión empresarial privada estaba ahora subordinada a las decisiones políticas del capital como conjunto, socializado, como gran Estado-Capital-Empresa-Nación.

Acaso es demasiado pronto. La República de Weimar sufre los embates revolucionarios de una clase obrera radicalizada, y la inflación galopante; y el proyecto no tiene tampoco el consenso de los sectores más arcaicos del capital. Es la Alemania del film Cabaret, de Berlin Alexanderplatz, de Fassbinder. Es decir, la eficacia práctica de este capitalismo organizado como socialismo, se define progresivamente en términos de «corporativismo autoritario». Las contraposiciones políticas corroen la noción de Rathenau. Falta la decisión y la autoridad, acaso el personaje investi-

do de carisma, según Max Weber, que faculte el tránsito y posibilite esa organización. Nadie pone en cuestión la especificidad de la Kultur, pero no se consensúa el dominio de esos procesos. Sí, en efecto, cabe declinar la elección de decisiones económicas en la figura del Estado-Empresario, al margen ahora de todo juicio de valor político, queda todavía por responder qué grupo de presión, de intereses, de doctrinas, de clase, operará en su interior.

### ¿Una élite?

El viejo liberalismo y el marxismo-leninismo, opciones de clase, son implacables frente a esa pregunta e incrédulos respecto de toda «élite» sin raíces en amplios sectores sociales. El proyecto es impolítico.

Cuando Rathenau caiga abatido a tiros por elementos ultranacionalistas, quedará manifiesto. Este judío comprometido con la Kultur alemana aparece todavía excesivamente cosmopolita. Su síntesis será utilizada y su proyecto reciclado. El «nazismo», emergente desde la profundidad de una Alemania de clases medias y constituida de pequeñas comunidades urbanas dispersas por el mundo rural arraigado al Heimat, implantará el nuevo orden, esta vez con el visto bueno del gran capital. Por fin el Nuevo Estado tendrá contenido social. Y su carácter progresivamente político vendrá dado por el recurso al mecanismo weberiano de legitimación carismática, imprescindible para un mayor apoyo popular urbano y metropolitano, obrero incluso: Hitler.

Conclusa definitivamente la era de la burguesía, sólo cabe el socialismo: nacional, parlamentario, democrático, en libertad o totalitario, pero «Sozialismus»: de la Unión Soviética al New Deal norteamericano.

En todo caso:

1871-1917, la vieja subjetividad y el viejo significante formal se clausuran. Una autoabolição trágica,

pero con ella tentativa de perseverar en el ser como equilibrio del no hacer, nirvana. Y observamos, en la enunciatividad, Schopenhauer -como figura mayor, no única-; en la visibilidad, Courbet, Turner, últimos significantes de lo cualitativo singular que se hacen mancha abstracta, hueco indiferente, materialidad polimórfica y sin sentido como la propia naturaleza.

Le seguirá una revuelta contra sí que es escisión drástica, abandono de lastres cualitativos que no caben en la producción ni en la metrópolis. Una subjetividad que mutilándose trata de recomponerse con las nuevas fuerzas de la exterioridad para dominarlas (Macht) y plegarlas: constituyendo, así su nueva interioridad. Una nueva relación, esta vez bajo la primacía cézanniana y sin cualidades de una razón transparente; de una conciencia que formaliza la realidad y más puntualmente: la genera. En la enunciatividad, Nietzsche, el primer Wittgenstein del Tractatus; en la visibilidad, Cézanne, puntillismo, arquitectura de ingenieros, Adolf Loos. Obsérvese que cuando Nietzsche señala que el hombre debe ser superado, apunta a una composición distinta de las fuerzas del adentro y la subjetividad con las del Afuera (Vida, Trabajo, Lenguaje). Obsérvese que cuando Loos introduce diferenciaciones en el habitar y la casa, se refiere a espacios o esfera de vida todavía cualitativas que deben ser, por distintas, respetadas, exactamente como cuando Nietzsche apela a un arte del mediodía, tiempo cualitativo contra el del trabajo y el crepúsculo, horas adormecidas y cansinas que dedicamos residualmente al arte que debiera informar y vivificar nuestras vidas.

En el hueco de lo místico del primer Wittgenstein, localizamos la última y más radical preservación de su singularidad, indecible, por ello no controlable ni manoseable ni permutable. En Loos, Nietzsche, Wittgenstein, grandes propuestas de la racionalización-logicización-sistematización del mundo, la tragedia por preservar el ego burgués pervive oculta e inex-



presable. Por ello trágicamente escindidos todavía, en la subjetividad y en el significante formal.

Y finalmente, observamos en la discusión Loos-Werkbund, la historia de un no encuentro, pero bajo una misma dirección final. Loos es consecuente con un mundo que se inicia desde un mecanismo al que, buen burgués, está íntimamente allegado, pero periclita: el mercado. El Werkbund teoriza formalmente proyectos arcaicos desde una posición histórica tanto o más consecuente que Loos: la planificación económica del Estado, que autoritariamente o menos, supone un planteamiento más riguroso y moderno de la misma racionalización-logicización-sistematización del mundo. Ya sin ningún pudor.

Otra muestra de evolución no filiativa, no arborescente, sino, como en los actuales esquemas de la evolución, movimiento retrógrado y lateral. Captura de códigos, salto, contagio. Composición de reinos y escalas distintos. Un devenir orquídea de la avispa y devenir avispa de la orquídea. Sin descendencia alguna, sin pérdida de identidad, pero composición-articulación-maquínación productivas, porque aumentan la potencia del ser, siempre abierto a mayores composiciones, pero siempre expuesto al envenenamiento de cualquier descomposición.

Ningún maniquí fascista; ningún «Wille zur Macht». Ninguna voluntad de poder. Simple composición de fuerzas, si se encuentran, en donde se expresará, sin más, la propia potencia. Aquella que sin conocer su razón de ser, ingenuamente, llamamos finalidad, proyecto.

### **Narcís Irizar 1943-2006**

Historiador, filósofo y economista.  
Profesor titular de Historia del Arte y  
de la Arquitectura II y III. ETSAB, UPC.

- 1 Véase «Historia del análisis económico», Joseph A. Schumpeter; véase «La revolución de los managers», de Karl Manheim.